

UNA NOCHE EN FLORENCIA

DOS PALABRAS SOBRE ITALIA

Para muchos será asombrosa la paradoja que vamos a sentar: El ser esclavos no es culpa de los pueblos; la libertad o la esclavitud dependen de las diferentes condiciones topográficas en las cuales han nacido.

¿Por qué los indios, los egipcios, y los rusos, no son libres? ¿Por qué las dos Américas han permanecido durante tanto tiempo bajo la esclavitud? ¿Por qué el Africa es aún mercado de negros?

Estúdiese la configuración de sus territorios.

La libertad es el espíritu de Dios, y el Génesis dice que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.

Donde hay grandes espacios de tierra sin aguas que atravesar, allí está la esclavitud.

En la India, que se extiende desde Calcuta al golfo Pérsico, está la esclavitud; en el Egipto, cuyo territorio abarca desde las montañas de la Luna hasta el Mediterráneo, está la esclavitud; en Rusia, que ocupa desde el Caspio al Báltico, está la esclavitud; en las dos Américas, y más en la del Sur, duró por espacio de larguísimos años, y es imposible prever cuándo acabará en Africa.

Consúltese el planisferio terrestre y júzguese.

Por el contrario, véase nuestra pequeña Europa y compáresela con la compacta Asia, con la infranqueable Africa, con la doble América que divide el globo en dos mitades, que empieza a dar al mundo el ejemplo de la li-

bertad, que funda sus repúblicas. Véase la imperceptible maravilla que llamamos Grecia: sigamos sus contornos por los tres mares que bañan sus cabos, sus istmos y sus promontorios, y fijémonos en la infinidad de curvas y de ángulos de tal modo marcados; no parece sino que se mueve, que fulgura en el mapa, y que sus islas son otras tantas Delos prontas a arrancarse del fondo del mar y ondear en la superficie impulsadas por el viento de las ciencias y de las artes.

Por eso, vedla cómo se arma contra la inmóvil Asia atacándola en la expedición de los Argonautas; vencéndola en Troya; repeliéndola en Salamina; siendo invadida por Alejandro; luchando contra la sensualidad de Oriente; oponiendo una valla a la poligamia; haciendo de la mujer la compañera del hombre, dándole un alma que Vichnu, Djerid y Zoroastro le niegan.

Esto es lo que ha hecho Grecia, la tierra de mil recortes, hermosa entre las hermosas, divina aún y no obstante humana ya, flor de libertad abierta sobre las aguas, tierra de todas las perfecciones que ninguna otra ha logrado igualar, y que todas han tenido que imitar cuando han querido acercarse a lo bello.

Después de Grecia, viene Italia, una península; está bañada también por tres mares, el Tirreno, el Mediterráneo y el Adriático; también expulsa pronto a sus reyes, se erige en república y sólo consiente a sus emperadores cuando toca a su decadencia moral, si no material.

Italia, observándola desde el punto de vista social, hizo más que Grecia. Grecia limitábase a colonizar; Roma, no sólo coloniza, sino que adopta; aspira los pueblos, se atrae las naciones, absorbe al mundo; todo se funda en ella, la civilización oriental y la barbarie del Occidente; abre un panteón a todos los dioses del mundo; y después, de un solo golpe, lo derriba con sus estatuas y sus altares para ir a arrodillarse en el Calvario, al pie del árbol redentor labrado en forma de cruz, a cuya sombra nacen una tras otra las repúblicas.

¿Y dónde empiezan a nacer?

En las costas.

Ya cuando reinaba Salomón se había notado que los marinos eran los hombres más independientes; y es que el mar, al igual que el desierto, es refugio contra la tiranía.

El que constantemente se halla entre la inmensidad del mar y lo infinito del cielo, se resiste a admitir otro señor que Dios.

Así Venecia, que no es una tierra, sino una reunión de islas, marcha al frente llevando en la mano la enseña de la libertad. Su pueblo está formado por algunas pobres familias de Aquilea y de Pádua que huyen de Atila, es decir, de un bárbaro de la compacta Asia. Al principio cada isla se administraba por sí misma y como mejor le parecía, hasta que en 697 se reunieron todas y eligieron un jefe común. Venecia reconoce aún la supremacía del imperio de Oriente, pero en los comienzos del siglo décimo, rompió sus límites y sometió las ciudades marítimas de la Istria y de la Dalmacia,

Después de la perla del Adriático, viene Pisa; desde 888 se gobernó por sí misma, erigióse en república, convirtiéndose en una de las primeras potencias comerciales de Italia; arrebató a los árabes parte de Cerdeña y otra a los genoveses; recibió del papa y en feudo la Córcega, sometió a Palermo, las Baleares y la isla de Elba; hizose dar barrios privilegiados en Constantinopla, Tiro, Laodicea, Trípoli y Tolemaida, y para que Pisa decayera, para que se derrumbase, fué preciso que, falseando su origen, abrazase la causa imperial y se hiciera gibelina, y aun para ahogar a la poderosa apóstata, fué menester que contra ella se coligasen cuatro ciudades güelfas: Pistoia, Luca, Sena y Florencia.

Génova, por su parte, separada de la Lombardía por sus áridas montañas, orgullosa de poseer uno de los mejores puertos de Europa, ya poblado de naves en el siglo décimo, aislada por su situación del asiento del imperio, entregóse al comercio y a la marina con aquel osado ardor que cuatro siglos más tarde debía hacer descubrir un mundo a uno de sus hijos. Saqueada por los sarracenos en 936, no tardó un siglo en ligarse para atacarlos en la Cerdeña y hacerles pagar el desafuero que cometieran en la Liguria; y de tal modo, que Caffaro, autor de la primera Crónica, comenzada en 1101 y terminada en 1164, nos dice que ya en aquella época tenía Génova magistrados supremos, los cuales ostentaban el título de cónsules y presidían alternativamente en número de cuatro o seis, durando sus cargos tres o cuatro años.

Esto en cuanto a las costas.

Por lo que a las ciudades del centro de Italia se refiere, éstas habían quedado rezagadas: el espíritu de libertad que soplara en las costas pasó por Florencia, Milán, Perusa y Areso; pero estas ciudades carecían de mar. No podían botar su nave en la llanura que el viento ara, y, como los leones de mármol que sujetan bajo su garra una bola, el imperio tendía sobre ellas sus uñas.

Ocupémonos particularmente de Florencia, ya que en ella se desarrollan los acontecimientos que en esta obra nos proponemos narrar.

Cuando Sila, que conquistaba a Italia en beneficio de Roma, llegó a Etruria, único país que hasta entonces se había librado de las colonias y de las leyes agrarias, y en que los campesinos eran aún libres, detúvose entre dos riberas, en un amenísimo valle regado por un río de armonioso nombre, fundando en él una ciudad a la que dió el misterioso nombre de Roma que sólo los patricios podían pronunciar; este nombre era: *Flora*, del que se derivó Florentia, el cual a su vez se convirtió en Florencia.

De los tres grandes poetas que forman la trinidad literaria del mundo, dos han nacido en la fecundísima Etruria.

Virgilio, en Mantua; Dante, en Florencia.

Esta es la provincia que, según dice Maquiavelo, parece haber nacido para resucitar lo muerto.

La ciudad de Sila, la futura patria de los Médicis, de Boccaccio, de Maquiavelo, de Guicciardini, de Américo Vesputio, de Cimabue, de Brunelleschi, de Andrés del Sarto, de León X y de tantos otros varones ilustres, fué conquistada y reconquistada por Totila y Narsés, los cuales la dejaron arruinada, y arruinada quedó hasta que, en 781, la reconstruyó Carlomagno.

Finalmente, y para preparar su libertad, Geofredo de Lorena, marqués de Toscana, y su mujer Beatriz, murieron el uno en 1070, y la otra en 1076, dejando heredera a su hija Matilde del más importante feudo que ha tenido Italia. Se casó dos veces, la primera con Geofredo el mozo, y la segunda con Güelfo de Baviera, y, habiéndose divorciado sucesivamente de sus dos esposos, murió sin heredero, legando todos sus bienes a la santa sede.

En seguida Florencia tomó por dechado a Venecia.

Pisa y Génova, e imitando a Sena, Pistoia y Areso, se erigió en república.

Esto ocurría cuando Italia se hallaba dividida en dos bandos: los güelfos y los gibelinos.

Vamos a decir en dos palabras los principios que representaban aquellos dos bandos.

En 1073, e imperando en Alemania Enrique IV, el fraile Hildebrando fué elegido papa, ocupando el trono pontificio bajo el nombre de Gregorio VII.

Era éste un hombre de inteligencia privilegiada, y representaba el verdadero espíritu de la Iglesia, esto es, la democracia.

Gregorio VII paseó su mirada por Europa, y al ver que por todas partes el pueblo brotaba como las espigas en abril, comprendió que era él, el sucesor de San Pedro, el que había de recoger aquella mies de libertad que la divina palabra del Redentor había sembrado. Así, pues, para emancipar a los pueblos que representaba, resolvió empezar por la emancipación del pontificado, a cuyo fin publicó, en 1076, una decretal por la que prohibía a sus sucesores someter su nombramiento al poder temporal.

Desde entonces, colocóse el trono pontificio a igual altura que el del emperador, y si la nobleza tuvo su César, también el pueblo tuvo el suyo.

Jamás el acaso, la fatalidad o la providencia, habían puesto frente a frente dos adversarios de más firme voluntad.

Enrique IV opuso a la decretal un rescripto, y envió un embajador a Roma para ordenar al soberano pontífice que depusiera la tiara, y a los cardenales que se reuniesen para designar otro papa.

La guerra entre el poder espiritual y el poder temporal, habíase declarado.

La contestación de Gregorio VII fué la excomunión de Enrique IV, pero éste se rió de ella.

Las fuerzas de ambos luchadores parecían, en efecto, muy desiguales.

Enrique IV había heredado de su padre un inmenso patrimonio, o, mejor dicho, la omnipotencia feudal en Alemania, tierra del feudalismo, y un gran influjo sobre Italia, tenido por todos por irresistible; esto es, la pretensión de hacer y, por consiguiente, de deshacer los papas.

Esto en cuanto a las costas.

Por lo que a las ciudades del centro de Italia se refiere, éstas habían quedado rezagadas: el espíritu de libertad que soplara en las costas pasó por Florencia, Milán, Perusa y Areso; pero estas ciudades carecían de mar. No podían botar su nave en la llanura que el viento ara, y, como los leones de mármol que sujetan bajo su garra una bola, el imperio tendía sobre ellas sus uñas.

Ocupémonos particularmente de Florencia, ya que en ella se desarrollan los acontecimientos que en esta obra nos proponemos narrar.

Cuando Sila, que conquistaba a Italia en beneficio de Roma, llegó a Etruria, único país que hasta entonces se había librado de las colonias y de las leyes agrarias, y en que los campesinos eran aún libres, detúvose entre dos riberas, en un amenísimo valle regado por un río de armonioso nombre, fundando en él una ciudad a la que dió el misterioso nombre de Roma que sólo los patricios podían pronunciar; este nombre era: *Flora*, del que se derivó Florentia, el cual a su vez se convirtió en Florencia.

De los tres grandes poetas que forman la trinidad literaria del mundo, dos han nacido en la fecundísima Etruria.

Virgilio, en Mantua; Dante, en Florencia.

Esta es la provincia que, según dice Maquiavelo, parece haber nacido para resucitar lo muerto.

La ciudad de Sila, la futura patria de los Médicis, de Boccaccio, de Maquiavelo, de Guicciardini, de Américo Vesputio, de Cimabue, de Brunelleschi, de Andrés del Sarto, de León X y de tantos otros varones ilustres, fué conquistada y reconquistada por Totila y Narsés, los cuales la dejaron arruinada, y arruinada quedó hasta que, en 781, la reconstruyó Carlomagno.

Finalmente, y para preparar su libertad, Geofredo de Lorena, marqués de Toscana, y su mujer Beatriz, murieron el uno en 1070, y la otra en 1076, dejando heredera a su hija Matilde del más importante feudo que ha tenido Italia. Se casó dos veces, la primera con Geofredo el mozo, y la segunda con Güelfo de Baviera, y, habiéndose divorciado sucesivamente de sus dos esposos, murió sin heredero, legando todos sus bienes a la santa sede.

En seguida Florencia tomó por dechado a Venecia.

Pisa y Génova, e imitando a Sena, Pistoia y Areso, se erigió en república.

Esto ocurría cuando Italia se hallaba dividida en dos bandos: los güelfos y los gibelinos.

Vamos a decir en dos palabras los principios que representaban aquellos dos bandos.

En 1073, e imperando en Alemania Enrique IV, el fraile Hildebrando fué elegido papa, ocupando el trono pontificio bajo el nombre de Gregorio VII.

Era éste un hombre de inteligencia privilegiada, y representaba el verdadero espíritu de la Iglesia, esto es, la democracia.

Gregorio VII paseó su mirada por Europa, y al ver que por todas partes el pueblo brotaba como las espigas en abril, comprendió que era él, el sucesor de San Pedro, el que había de recoger aquella mies de libertad que la divina palabra del Redentor había sembrado. Así, pues, para emancipar a los pueblos que representaba, resolvió empezar por la emancipación del pontificado, a cuyo fin publicó, en 1076, una decretal por la que prohibía a sus sucesores someter su nombramiento al poder temporal.

Desde entonces, colocóse el trono pontificio a igual altura que el del emperador, y si la nobleza tuvo su César, también el pueblo tuvo el suyo.

Jamás el acaso, la fatalidad o la providencia, habían puesto frente a frente dos adversarios de más firme voluntad.

Enrique IV opuso a la decretal un rescripto, y envió un embajador a Roma para ordenar al soberano pontífice que depusiera la tiara, y a los cardenales que se reuniesen para designar otro papa.

La guerra entre el poder espiritual y el poder temporal, habíase declarado.

La contestación de Gregorio VII fué la excomunión de Enrique IV, pero éste se rió de ella.

Las fuerzas de ambos luchadores parecían, en efecto, muy desiguales.

Enrique IV había heredado de su padre un inmenso patrimonio, o, mejor dicho, la omnipotencia feudal en Alemania, tierra del feudalismo, y un gran influjo sobre Italia, tenido por todos por irresistible; esto es, la pretensión de hacer y, por consiguiente, de deshacer los papas.

Gregorio VII no era dueño de nada absolutamente, ni siquiera de Roma, ni de la Iglesia, la cual se había con- citado contra sí decretando el celibato de los sacerdotes, y, si no haciendo mutilar, dejando que mutilasen a los que quisieron conservar su mujer o su concubina.

Pero allí donde no llegaba el poder visible, llegaba un poder invisible, la opinión pública.

Lanzado de todas partes, huía como triunfador; pero cuando se halló en la agonía, no tuvo ni siquiera una piedra en que descansar la cabeza, y murió profiriendo estas pa- labras, que no parecen sino las últimas que vertiera Bruto:

—*Dilexi justitiam, et odivi iniquitatem, propterea mo- rior in exilio.* (He amado la justicia y aborrecido la iniqui- dad; por eso muero en el destierro).

Pero la excomunión daba su fruto. Los príncipes ale- manes se congregaron en Terburgo, y como Enrique IV, en su violencia, habíase excedido en sus derechos, que se extendían a la investidura, pero se detenían en el nombra- miento, le amenazaron con arrebatarle la corona del mis- mo modo que se la habían dado, si dentro de un año, a contar desde el día en que tomaron tal deliberación, no se había reconciliado con la santa sede.

Fué preciso obedecer. El emperador, sin soldados, sin bandera, sin armadura, con los harapos del peregrino, ceñidos los lomos con una cuerda y descalzo, presentóse suplicando ante las puertas de Roma. Asti, Milán, Pavía, Cremona y Lodi contemplaron su paso, y, al ver de cerca cuán endeble criatura era un emperador sin cetro y sin espada, rompieron el juramento que con él las ligaba.

Enrique IV, casi solo, en camisa, descalzo, pasó tres días rodeado de nieve en los patios del castillo de Canosa, que fueron los que tardó el papa en avenirse a recibirlo.

Al día siguiente, las dos grandes potencias en las que el mundo se hallaba dividido, el papa y el emperador, co- mulgaban en la misma mesa, y Gregorio suplicaba al Señor que, de ser culpable, cambiase el pan en veneno.

El papa apelaba al juicio de Dios.

Enrique IV regresó a Alemania, y olvidándose de la promesa hecha y del pan sagrado que compartiera con su enemigo, creó un antipapa, Clemente III, derrotó a los príncipes alemanes que habían amenazado destituirlo,

pasó nuevamente los Alpes, pero esta vez como vencedor, y se apoderó de Roma.

Pero la maldición del Señor, cual si quisiera vengar a su pontífice, cayó sobre el emperador. Conrado, su pri- mogénito, al que hiciera proclamar Rey de romanos, se rebeló contra él.

Enrique IV le destronó, proclamando como sucesor a su segundo hijo.

Mas en la familia imperial habíase infiltrado el espíritu de rebelión. Aquel segundo hijo, llamado Enrique, rebe- lóse también, y, más afortunado, o más desventurado tal vez, que su hermano, hizo prisionero a su padre.

Entonces los obispos que no se habían contaminado con la simonía, despojaron al emperador de la corona, del cetro y de las vestiduras reales; y aun su hijo levantó con- tra él la mano y le arrancó estas palabras, no menos las- timeras que las de César:

—Tan pronto como lo vi, conmovido hasta lo más profundo de mi corazón por el dolor y el afecto paternal, arrojéme a sus pies, suplicándole y conjurándole en nom- bre de su Dios, de su fe y de la salvación de su alma, que, aun en el caso de que por mis pecados me hubiese hecho acreedor al castigo del Señor, no manchase su alma, su honra y su nombre por causa mía, porque no hay ninguna ley que instituya a los hijos vengadores de las culpas de sus padres.

Esta súplica, que habría enternecido al más encarni- zado de los enemigos, embotóse en el corazón de un hijo; y despojado de todo, incluso de sus vestiduras, transido por el frío y aguijoneado por el hambre, Enrique se encami- nó a Espira y llamó a la puerta de la iglesia de la Virgen, que él había erigido, pidiendo que lo acogiesen como clé- rigo, apoyándose en que sabía el canto llano.

Los frailes le despidieron con amenazas, y el emperador Enrique IV fué a morir de miseria en Lieja, donde no quisieron dar tierra sagrada a su cuerpo, que permaneció insepulto en una cueva por espacio de cinco años.

Así, los dos, emperador y papa, representantes de la gran lucha que por tanto tiempo ha dividido y seguirá dividiendo al mundo, murieron en el destierro, lejos del trono que habían ocupado, el uno en Lieja, y en Salerno el otro.

Pues bien; de la lucha que entre el emperador y el papa se entabló, nacieron los dos poderosos bandos que llenaron de luto a Italia. Los que se declararon en favor del papa, es decir, los que abrazaron la causa del pueblo, tomaron el nombre de *güelfos*, de Enrique *el Soberbio*, duque de Sajonia, sobrino de Güelfo II, duque de Baviera; y los que defendían el partido de Enrique IV, esto es, el de la nobleza, se llamaron *gibelinos*, de Conrado, hijo de Federico de Hohenstauffen, duque de Suabia, señor de *Uiblinca*.

Florenia, siguiendo el ejemplo de las demás ciudades, también se dividió en dos bandos, y las luchas entre ellos fueron, como dice el Dante, las que tiñeron de rojo las aguas del Arno y dieron el color de la púrpura a su blanco lirio.

Antes de terminar, permítaseme añadir una palabra respecto de Italia, de esa Italia hija de Grecia y madre de Francia, a la cual debemos lo que somos en arte, guerra y política.

Cuando todos los demás pueblos tenían una arquitectura religiosa, Italia—y consignamos este caso por lo que habla en favor del ingenio italiano—ya tenía una arquitectura civil.

Pontifex, de cuya voz viene pontífice, significa, literalmente, constructor de puentes.

Casi todos los monumentos de Italia, casi todos los monumentos etruscos, eran puentes, acueductos, tumbas; hemos de advertir, sin embargo, que en Italia los templos figuraron en segunda línea hasta el siglo xv.

La mayor cantidad de dinero que Pisa gastó, no fué empleada en la erección de su bautisterio y de su cúpula, sino en la construcción de su campo santo.

Los ciudadanos tenían mejor alojamiento en sus tumbas que no Dios en su iglesia.

Cuando Galeazzo Sforza quiso cerrar las bóvedas de su cúpula, no fueron capaces los arquitectos italianos, por lo que hubo que llamar a uno de Estrasburgo.

Otra cosa debe hacerse advertir en la formación de las sociedades italianas: su individualidad supera a la de ningún otro pueblo. El italiano, que no se da a Dios sin condiciones, menos se da aún al hombre. Durante tres siglos, Italia ofreció la imagen del feudalismo, por más que en la esencia no fuera así. Tuvo castillos fortísimos, briosos

corceles, magnificas armaduras; pero no la enfeudación de hombre a hombre como en Francia.

Las miras del heroísmo italiano son más elevadas, se sacrifica por una idea, y muere por ella de un modo admirable.

¿Qué eran Enrique IV y Gregorio VII, por los que se sacrificaron, respectivamente, los gibelinos y los güelfos? Una idea.

Pero, como va dicho, una representaba la aristocracia, y la otra la democracia.

El genio italiano es apasionado, pero austero. No admite, como el genio francés, la azarosa pesquisición de peligros inútiles. Su poema caballeresco no es más que una sátira contra la caballería. Es verdad que tiene en Torcuato Tasso un genio melancólico; pero el cisne de Sorrento pasó por loco. Y sino, pregúntese a los italianos qué poema prefieren, si el *Rolando furioso* o la *Jerusalén libertada*, y de cada diez, nueve responderán que el primero.

En cuanto a la pintura y a la arquitectura, puede hacerse la misma observación. Así como no abunda la poesía descriptiva, escasean los paisajes. En todas partes, aun en la campiña, se halla la vida artificial de la ciudad; de tal modo vive aún en la Italia de nuestros tiempos el antiguo régimen etrusco o romano.

Las murallas que la Naturaleza ha levantado a su alrededor, los límites trazados en torno suyo por corrientes no navegables, no bastan aún al italiano del centro, el cual, si sale de su marmóreo palacio, no es para ir a buscar la sombra de los árboles o el murmullo de un libre arroyuelo, sino para trocar su palacio de mármol por una quinta y jardines de piedra, con aguas encerradas en estanques cuadrados.

Isola Bella y la quinta de Este que se hallan emplazadas respectivamente en los extremos de Italia, son una muestra del carácter ciclópeo que se encuentra, no sólo en las murallas de Volterra, si no también en las sombrías moles de los palacios Strozzi y Pitti; y si de la arquitectura pasamos a la pintura y buscamos cuidadosamente, hallaremos la dureza de línea del arte etrusco en Giotto, en Rafael y aun en Miguel Angel. En la escuela florentina, y por consiguiente en la romana, la figura del hombre afecta casi siempre la severidad, y también la sequedad

arquitectural; y esto se comprende tratándose de comarcas en las que usan aún el arado descrito por Virgilio, en las que el ganado, como en tiempo en que el poeta de Mantua contemplaba a los corpulentos rumiantes bueyes, es alimentado, no con hierba, sino con hojarasca, y permanece encerrado en dehesas, por temor de que estropee las viñas y los olivos.

Unicamente en el norte, el colono veneciano y la indulgencia lombarda consienten en humanizar al hombre.

Todo en Italia es sabio y matemático. Antes de que un vocablo adquiriera el derecho de ciudadanía, es controvertido durante largos años por la academia de la Crusca.

Por eso la literatura italiana moderna no tiene lenguaje familiar, pues los sabios cerraron las puertas a una infinidad de voces.

Y donde resalta más este espíritu sistemático es en la táctica militar. En manos de los jefes italianos, la guerra se ha convertido en una ciencia de la que Montecuculli echó los cimientos. En Italia, los pintores y los arquitectos son de suyo ingenieros civiles y militares. Leonardo de Vinci fué inventor de máquinas para regar y dinámicas; Miguel Angel defendió a Florencia contra los españoles. Los dos más grandes capitanes del mundo, César y Napoleón, nacieron en Italia.

Para explicar sus desventuras y su caída, dicen que Italia ha cambiado. Es' o para unos es un error (también hay cándidos en la calumnia), y para otros una mentira. Al contrario, ninguna nación ha cambiado menos que Italia; todas y cada una de sus provincias se han conservado fielmente en su antiguo modo de ser.

Ya dijimos que Florencia había permanecido etrusca; Nápoles sigue siendo griega; los napolitanos son siempre amigos del bullicio, parlanchines y músicos, pues no han olvidado que en tiempo de Nerón se celebraban en Nápoles certámenes musicales. El improvisador del puerto, llámese Stau o Sgrinei, siempre reúne a su alrededor a la muchedumbre; los *filosofi* de Venecia son los *litterati* al aire libre de la antigüedad; las sortijas y los collares de las romanas son idénticos a los encontrados en Pompeya, y el alfiler de oro con que prenden su tocado es el mismo con que Fulvia atravesó la lengua de Cicerón, y Popea reventó los ojos a Octavio.

¿Y Roma? ¿Se dirá también que ha cambiado? ¿Dirán que su pueblo grave y soñador, que, envuelto en sus harapos, parece descender de la columna Trajana, no sea el *civis romanus*? ¿Hay alguien que haya visto al romano trabajar o servir? No; ni aun su mujer misma querría coser los jirones de su capa.

El romano discute en el foro y juzga en el Campo de Marte.

¿Quién es el que repara las carreteras? El hijo de los Abruzzos. ¿Quiénes desempeñan el papel de faquines? Los bergamascos.

Como en la antigüedad, el romano mendiga, pero mendiga, por decirlo así, como señor.

En hora buena que se diga que sigue siendo feroz, pero no que se ha vuelto débil, pues en ninguna parte del mundo la navaja se encuentra más tiempo fuera de la vaina que en Roma.

El grito del romano era: «¡A las fieras, a las fieras los cristianos, a los leones!» y hoy su grito de carnaval, es: «¡Muera el señor cura! ¡Muera la hermosa princesa!»

Acabemos, pues, de una vez con estas ridículas exposiciones de la molicie italiana. El italiano, como ya hemos dicho, no se enfeuda a los hombres, sino a las ideas.

Y si tomamos al pueblo más calumniado, en este concepto, de todos los pueblos italianos, al pueblo napolitano, veremos que huye con Fernando, con Murat y con Francisco, el cual dijo a su hijo, que no hace mucho que murió y que cambiaba con frecuencia los uniformes: «Es igual que los vistas de un color como de otro, siempre huirán.»

Sí, siempre huirán ya vayan con Fernando a Roma, con Murat a Tolentino, o con Francisco a los Abruzzos; huirán, porque van con un hombre sin saber por qué van con él, y porque el hombre a quien siguen no representa para ellos una idea, o, si la representa, les es contraria o antipática.

Pero lo que sigue dirá cómo se baten los napolitanos cuando lo hacen por su ideal.

Championnet luchó tres días para entrar en Nápoles. ¿Por quién estaba defendida? Por los *lazzaroni*. ¿Y qué armas usaron los defensores? Piedras y garrotes.

Y cuando Championnet se vió obligado a retirarse ante un ejército de calabreses, a cuyo frente marchaba un

cardenal, cuando el salario del verdugo no se pago ya a tanto por cabeza, sino por meses (tal era la abundancia de ejecuciones), véase cómo morían en Nápoles.

Caraccioli, el almirante octogenario, el héroe de nevada cabellera, fué el que empezó. Paseábase por la cubierta de su *Minerva*, aguardando el fallo de Nelson, y, mientras, demostraba a un joven oficial la superioridad que los buques ingleses tenían sobre los italianos en la construcción.

En medio de la demostración, fué interrumpido para leerle la sentencia, por la que se le condenaba a morir ahorcado, lo cual significaba no sólo la muerte, sino una muerte infamante.

Caraccioli escuchó la lectura sin inmutarse; después se volvió hacia el joven, y, sin la menor alteración en la voz, continuó:

—Decía, pues, que la superioridad que los buques ingleses tienen sobre los nuestros estriba en que no sobresalen tanto del agua como los nuestros y llevan más velamen.

Diez minutos más tarde, el cuerpo del almirante pendía de una verga, cual si fuera el del más feroz pirata de Argel o de Túnez.

Fué establecida en sesión permanente una junta real, con facultades para absolver o condenar a muerte, y las sentencias dictadas por esta junta real eran ejecutadas el mismo día.

Dicha junta estaba instalada en un segundo piso y era presidida por un infame apellidado Speziale.

Nicolás Palemba compareció ante aquél.

—Nombra a tus cómplices—le dijo Speziale—o de lo contrario te enviaré a la muerte.

—A ella iré sin ti,—le respondió Palemba.

Y desprendiéndose de los gendarmes que lo custodiaban, arrojóse por una ventana que, a causa del calor, estaba abierta, estrellándose el cráneo contra el empedrado.

—¿Qué profesión tenías en tiempo del rey Fernando?—preguntó Speziale a Cirillo.

—Médico—contestó el interpelado.

—¿Y en tiempo de la república, qué eras?

—Mandatario del pueblo.

—Y ahora, ante mí, ¿qué eres?

—Ante ti, infame, soy un héroe.

Cuando Cirillo y Pagano, los dos condenados a morir en la misma horca, llegaron al pie de ella, discutieron a ver cuál de los dos moriría primero, y como ninguno quisiera ceder, echaron pajas. Pagano ganó, tendió la mano a Cirillo, y, con la paja entre los dientes, subió la infame escalera con la sonrisa en los labios y la serenidad en la frente.

De más está decir que Cirillo subió a su vez y murió tan heroicamente como Pagano.

A Héctor Caraffa, condenado a la guillotina, le preguntaron al llegar al cadalso si tenía algo que pedir.

—Sí—respondió,—deseo ser decapitado en actitud supina para ver cómo cae la cuchilla.

Y, conforme había pedido, fué guillotinado boca arriba.

Leonor Pimentele, mujer admirable, acusada de haber redactado, durante la república, el *Monitor Partenopeo*, fué condenada a morir en la horca, sentencia que sobrepuja a las demás por su refinada crueldad.

Cuando Leonor llegó al patíbulo, Speziale, creyendo que pediría su perdón, le dijo:

—¿Qué es lo que deseas? Tengo orden de concederte lo que pidas.

—Que me traigan unos pantalones—responde Leonor.

Iba a decir que no hubiera contestado con mayor dignidad una espartana del tiempo de Leónidas, o una romana del tiempo de Cincinato; pero se me olvidaba que el pudor es virtud cristiana.

¿No es verdad, mártires, que, al oír desde vuestras tumbas el cañón de Francia, os habéis estremecido?

* * *

Pero volvamos a Florencia, puesto que allí hemos citado a nuestros lectores.

ALEJANDRO DUMAS.

I

EN LA PLAZA DE LA SANTA CRUZ

Si durante el tercer año del pontificado de Alejandro Farnesio, inscrito con el nombre de Paulo III, y entre los de Clemente VII y Julio III, en el índice cronológico de los soberanos que han ocupado el solio pontificio, se hubiesen inventado los globos aerostáticos, y el lector se hubiese remontado con nosotros, sobre la ciudad de Florencia, durante la noche del 2 al 3 de enero de 1537, habría visto una mole sombría, sólo iluminada en dos o tres sitios, que se extendía desde Santa María de la Paz hasta la puerta de San Galo, y desde la Seca al baluarte de la Serpiente, y a la que el Arno dividía en dos partes iguales, entre la que hubiera divisado, cual dos leviatanes navegando uno junto al otro entre olas de casas, los dos mayores monumentos de Florencia, salidos ambos de manos de Arnolfo Dihappo, esto es, la catedral de Santa María de las Flores y el palacio de la *Señoría*, hoy conocido con el nombre de Palacio Antiguo.

Junto a la plaza de la Santísima Trinidad, en el ángulo formado por las calles de los Carpinteros y de las Cebollas, semejando una inmensa tumba y abismado en la más profunda obscuridad, hubiera reconocido, por su arquitectura, el palacio Strozzi, con sus cadenas, tederas y puertas de hierro.

Uno de los puntos que estaban iluminados, era la plaza de la Catedral, donde los soldados del duque Alejandro, entre los que los había de todas partes, y particularmente españoles y alemanes, gastaban bulliciosamente, en las puertas de los cafés, como era costumbre en Florencia, el dinero que, como gratificación, les había distribuído aquel mismo día en nombre del duque Alejandro, su jefe Alejandro Vitelli, cuyo padre, Pablo Vitelli, había perecido

dos años antes en un motín popular; y, mientras bebían y cantaban, insultaban a los contados habitantes que por sus negocios o sus placeres (más bien sus negocios, pues los placeres escaseaban en aquella época) se veían obligados a cruzar en una o en otra dirección la plaza de Santa María de las Flores.

Otro de los puntos que se veía luz era la callejuela del Clavel, contigua a Santa María la Nueva, donde el cardenal Cibo daba una serenata a Laura de Feltro, cortesana de mucho nombre en aquel tiempo, y que a peso de oro había quitado a Francisco Pazzi; sin embargo, esta generosidad en nada perjudicó su fortuna particular, pues, según decían, aquel oro provenía del duque Alejandro, a quien el complaciente cardenal había entregado su hermosa hermana, la marquesa de Cibo, en ausencia del marqués, su marido.

Y finalmente, el tercer punto luminoso que se destacaba entre la obscura mole, era la puerta de San Ambrosio, en la que algunos bandoleros se entregaban al incendio y saqueo de la casa de Rucellai, uno de los más ilustres desterrados de aquellos días.

En el resto de la ciudad reinaban la obscuridad y el silencio.

Pero, no obstante, si en alguno de los cortos intervalos en que la luna mostraba su pálida faz la mirada de nuestro observador aéreo se hubiese fijado en la plaza de la Santa Cruz, hubiera reconocido desde luego, a la luz de los fugaces destellos del astro de la noche, el vasto paralelogramo del convento que daba a la plaza; luego, en la esquina de la calle del Diluvio, un pozo con magnífico armazón de hierro, como solían labrarlos en aquel tiempo en que, frecuentemente, convertían en obra de arte los objetos más vulgares; pozo que, en efecto, era un capricho de cierto ciudadano de Florencia, llamado Sergio Caporano, el cual lo hizo abrir frente a su casa tanto para ornato como para utilidad; y por último, hubiera visto en lo alto de un muro almenado que se extendía desde la calle de los Carros a la calle Torcida, un hombre que, con las piernas colgando, estaba sentado junto a una escala de cuerda y confundido en la sombra de los copudos árboles que sobresalían majestuosamente del muro.

En la plaza, nuestro observador no hubiera notado